

ALEAGUARA

Paul Theroux

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Narrativa Internacional Traducción de Miguel Martínez-Lage



SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



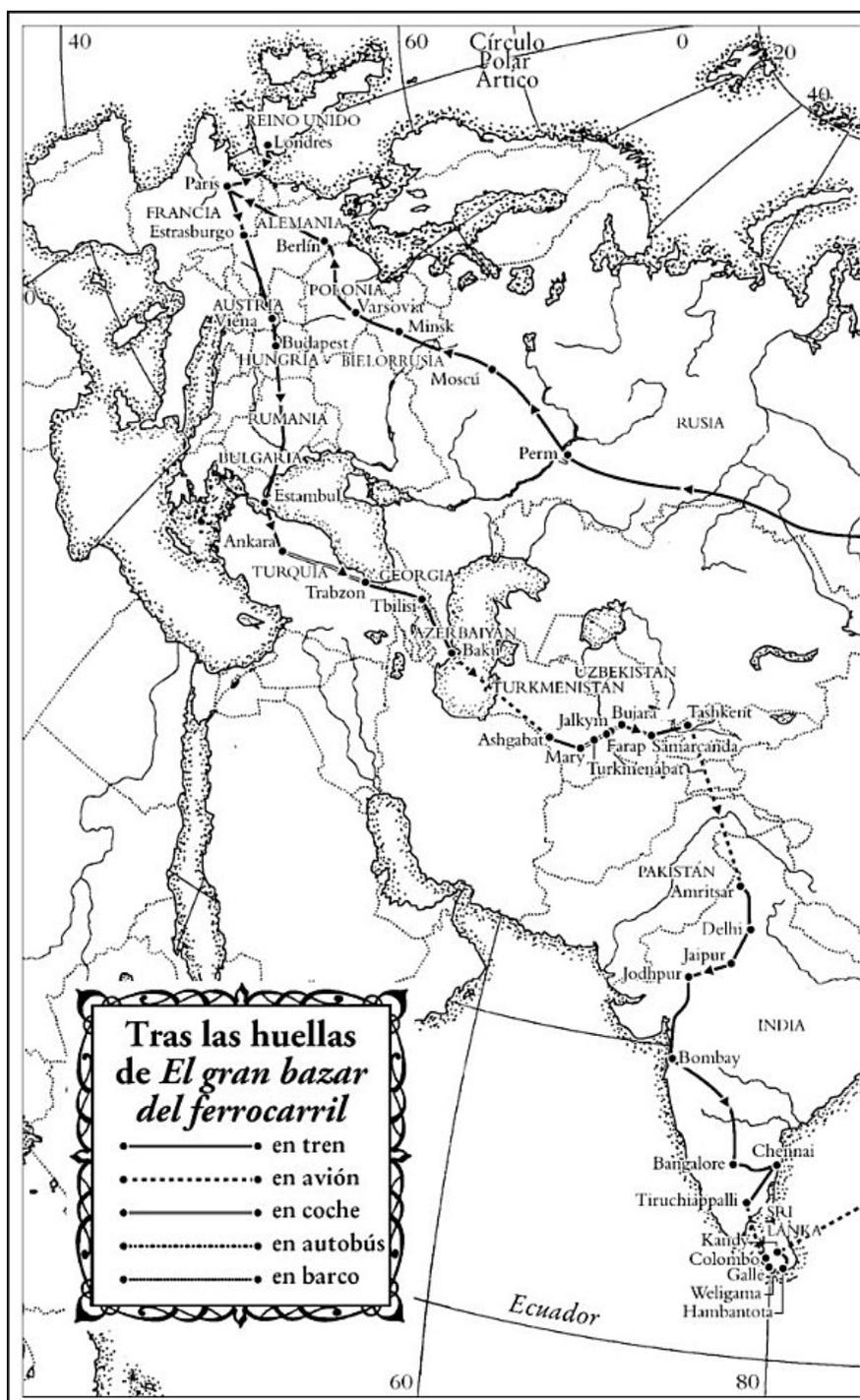
@editorial_alfaguara

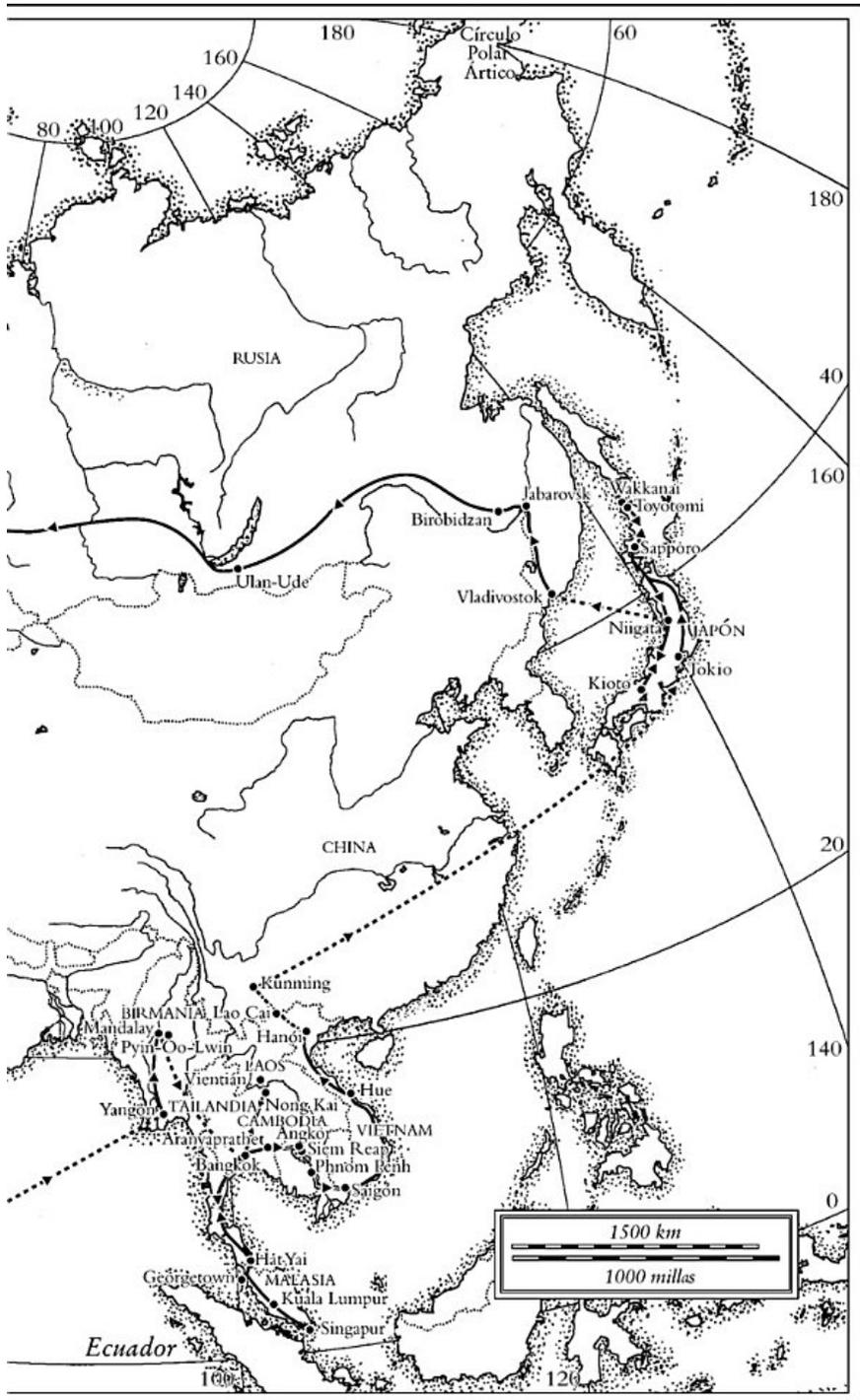
| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Sheila, con amor

Por ejemplo, esa sensación que tiene con los trenes. Pues claro que había olvidado tiempo atrás el encanto juvenil de las locomotoras de vapor. Pero algo tenían los trenes que para él revestía algo especial, sobre todo en los expresos nocturnos, que siempre le inspiraban ideas extrañas, ligeramente inadecuadas.

GEORGES SIMENON,
El hombre que veía pasar los trenes





1. El Eurostar

A los viajeros se nos considera osados, pero nuestra secreta culpa estriba en que viajar es una de las maneras más perezosas que hay en la vida para pasar el tiempo. Viajar no es tan sólo cuestión de estar por completo desocupado, sino también una compleja y mendicante forma de evasión, que nos permite llamar la atención sobre nosotros mismos por medio de una llamativa ausencia, a la vez que nos entrometemos en la intimidad de los demás y somos activamente ofensivos en calidad de gorriones fugitivos. El viajero es el más codicioso de los mirones románticos, y en algún rincón bien escondido de la personalidad del viajero se encuentra un nudo de vanidad y de presunción que resulta imposible deshacer, además de una mitomanía rayana en lo patológico. He ahí por qué resulta la peor pesadilla del viajero no tanto la policía secreta, ni los brujos y curanderos, ni la malaria, sino la sola idea de toparse con otro viajero.

La mayoría de los escritos de viajes adoptan la forma de las conclusiones precipitadas, de modo que casi todos los libros de viajes son superfluos, son los monólogos más desgastados y más transparentes. En muy pocos sentidos valen más que una licencia para aburrir: los libros de viajes son la forma más vil de complacencia literaria: quejas deshonestas, mendacidad creativa, heroicidad insensata, impostura crónica, en gran medida distorsionado todo ello por el síndrome del barón de Munchausen.

Como es natural, resulta mucho más difícil quedarse en casa y tratar con cortesía a los demás y dar la cara ante las cosas, aunque en eso ¿dónde está el libro? Mucho mejor la jactancia y la charada de quien finge ser un aventurero:

Sí, fanfarronea por los caminos
plagados de frutos secos,
agazápate en el castillo de proa
barbudo de bondad,^[1]
en la lujuria del «¡mírame!» de los paisajes exóticos.

Más o menos éste era mi estado de ánimo al hacer el equipaje, a punto de marchar. Además pensé: ojo, que también hay que tener en cuenta la curiosidad. Hasta los más tímidos fantasiosos necesitan de vez en cuando la satisfacción de ver sus fantasías hechas realidad. Y a veces uno tiene que largarse, sin más. Abusar de la paciencia ajena y entrometerse en las vidas de los otros es todo un placer, al menos para algunos de nosotros. En cuanto a la pereza, «una alegría sin sentido es una alegría pura».

Y también hay que tener en cuenta los sueños: uno de ellos es el sueño de lo extranjero, con el que disfruto cuando estoy en casa, y miro hacia el este y escruto un espacio lleno de templos imaginarios, de bazares atestados de gente, de lo que V. S. Pritchett llamaba «la arquitectura humana», una mujer adorable, vestida con prendas de gasa, viejos trenes que traquetean por la ladera de un monte, el espejismo de la felicidad; otro, bien distinto, es el estado de ensoñación que se experimenta durante el viaje. Cuando estoy de viaje, a menudo me da la sensación de estar vivo, sólo que en una visión alucinada en la que todo es diferente, la irrealidad en vívidos colores que tiene lo extranjero, en la cual tengo plena conciencia (como en casi todos los sueños) de que no pertenezco a lo que me rodea; y sin embargo floto, visitante desocupado y anónimo entre gentes que se afanan, un completo forastero. Cuando uno es forastero, como quiere la canción, nadie recuerda su nombre ni su paradero.

Viajar puede provocarme un sentimiento tan nítido y tan sin nombre, un sentimiento de tanta extrañeza y desconexión con todo, que llego a sentirme tan insustancial como

una hilacha de humo, mero espectro, un ente repulsivo que ha regresado de entre los muertos, del submundo, y que anda atento entre personas de carne y hueso, vagabundo, aguzando el oído aprovechando que nadie lo ve. Ser invisible —habitual condición del viajero de más edad— es mucho más útil que ser evidente. Se ven más cosas y con menos interrupciones: nadie presta atención a lo que uno haga o deje de hacer. Un viajero de tales características no lleva prisa, y precisamente por eso se le confunde con un mendigo. Como odio toda programación y me fío de los encuentros azarosos, me atrae el tempo lento del viaje.

Los espectros tienen todo el tiempo del mundo, y ése es otro de los placeres del vagar sin rumbo fijo y recorrer grandes distancias: viajar en trenes lentos, y a escasa velocidad, e ir dejando las cosas de un día para otro. Y este carácter espectral, según iba a descubrir, también sería efecto del viaje que había elegido, un viaje de regreso a lugares que había visitado muchos años antes. Es casi imposible retornar a uno de los primeros escenarios en los que ha transcurrido la vida de viajero que uno llevó y no sentirse como un fantasma. Y muchos de los lugares que vi eran por sí mismos la viva imagen de la tristeza, eran fantasmagóricos, mientras otros eran grandes, eran ajetreados, y a mí me tocaba ser la presencia fantasmal de quien oye sin ser visto a bordo del tren fantasma.

Mucho tiempo después de aquel viaje sobre el cual escribí en *El gran bazar del ferrocarril* me dio por pensar cómo había atravesado continentes enteros, cambiando de trenes por toda Asia, improvisando mi viaje, restregándome contra el mundo. Y reflexioné a propósito de lo que había visto y comprendí que el pasado al que no se retorna forma siempre un bucle en los sueños que uno tenga. La memoria también es un tren fantasma. Muchos años después uno sigue meditando sobre aquel rostro tan bello que entrevió un instante en un país lejano. O sobre la visión de un noble árbol, o de una senda en el campo, o de la felicidad de una

mesa en un café, o de unos chiquillos enojados y armados con herrumbrosas lanzas, gritando «¡Huye si puedes, por tu vida!», o bien sobre el ruido de un tren en la noche, cuando da esa nota precisa y musical que dan los silbatos de los trenes, una tercera que mengua en la oscuridad mientras uno va tumbado en el tren, desplazándose por el mundo como lo hacen los viajeros, «en el vientre de la ballena».

Pasaron treinta y tres años. Era yo el doble de viejo que la persona que había viajado en aquellos trenes, la mayoría con locomotoras de vapor, hirviendo por tierra de nadie, por Turquía y la India. Me agradó la simetría de la diferencia temporal. El paso del tiempo había terminado por revestir para mí una gran seriedad, encarnándose en ese proceso en que consiste envejecer. De joven, contemplaba la tierra como si fuese algo fijo, inamovible, digno de confianza, que me habría de acompañar hasta la vejez; siendo ya más viejo empecé a entender la transformación como una ley natural, algo emotivo, en un mundo del que no podía uno fiarse, un mundo visiblemente deteriorado. Sólo con la edad adquiere uno el don de evaluar la decadencia, la epifanía de Wordsworth, la sabiduría del *wabi-sabi*: nada es perfecto, nada está realmente completo, nada tiene duración.

«Sin cambios no puede haber nostalgia», me dijo una vez un amigo, y me di cuenta de que lo que había empezado a presenciar no era sólo el cambio y la decadencia, sino la extinción inminente. ¿Habría cambiado en la misma medida que yo el itinerario que recorrí tanto tiempo atrás? Se me había metido en la cabeza la idea de realizar de nuevo el mismo viaje, de recorrer mis propios pasos: una empresa de considerable envergadura, aunque fuera el tipo de viaje que los gamberros más jóvenes y oportunistas suelen hacer para escribir un libro y hacerse famosos.^[2]

Lo mejor de los viajes parece que existiera al margen del tiempo, como si los años de viaje no se dedujeran del total de los años de la vida. El viaje también encierra la mágica posibilidad de reinventarse: de encontrar acaso un lugar que amemos, de comenzar una nueva vida y no volver nun-

ca más. En un lugar remoto nadie nos conoce, lo cual casi siempre es una ventaja. Y es posible fingir, cuando se viaja, que somos distintos de la persona que somos, sin ligaduras, enigmáticos, más jóvenes, más ricos o más pobres; podemos ser quienes queramos ser, y ése es el renacer que muchos viajeros experimentan si de veras llegan lejos.

La decisión de retornar a cualquiera de los escenarios previos de la propia vida es peligrosa, pero irresistible, y no por ser una búsqueda del tiempo perdido, sino por lo grotesco que puede resultar lo acontecido desde entonces. En muchos casos, es como encontrarse con una amante muchos años después, y no reconocer apenas el objeto del deseo en ese fruto arrugado, magullado, envejecido. Todos vivimos con una u otra fantasía de transformación. Si llegamos a vivir lo suficiente, las vemos hacerse realidad: los jóvenes envejecen, las carreteras mejoran, hay casas donde antes hubo campos, y del mismo modo se cumple lo opuesto, y un buen colegio acaba hecho una ruina, un río límpido termina contaminado, una laguna mengua y se llena de basura, por no decir nada de los comentarios más deprimentes: «Ha muerto», «Está hecha un tonel», «Se suicidó», «Es el primer ministro», «Está en la cárcel», «Allí ya no se puede ir».

Una de las grandes satisfacciones que tiene envejecer — una de tantas— consiste en asumir el papel de testigo de los bamboleos del mundo y presenciar los cambios irreversibles. El inconveniente, además de lo tedioso que resulta asistir a las engañosas ilusiones de los jóvenes, consiste en oír las mismas opiniones trilladas una y otra vez, no sólo las de los jóvenes insensibles, sino, mucho peor, y casi delictivo, las opiniones de personas aún más insensibles, que debieran ser algo más sensatas, y que difunden todas las mentiras de siempre sobre la guerra y el miedo y el progreso y el enemigo: el mundo, una rueda de repeticiones. Se aburren —o acaso debiera decir «nos aburrimos»— con las cosas que ya hemos oído un millón de veces, los libros que hemos desechado, los descubrimientos que no son nada nuevo, las soluciones propuestas que no resuelven nada. El

narrador de uno de los relatos de Borges, «El congreso», dice lo siguiente: «Noto que estoy envejeciendo; un síntoma inequívoco es el hecho de que no me interesan o sorprenden las novedades, acaso porque advierto que nada esencialmente nuevo hay en ellas y que no pasan de ser tímidas variaciones».

Las personas de cierta edad suelen parecer cínicas, misántropas, pero no, únicamente son personas que al fin han oído la música callada y triste de la humanidad, sólo que interpretada por un grupo de rock de medio pelo que no hace más que dar alaridos en pos de la fama. Si me remonto a otro tiempo y vuelvo sobre mis pasos —lo cual sería una estrategia simplista y desacreditadora en el caso de un escritor joven, más superficial e impresionable—, para mí sería una forma de ver quién fui, adónde fui, qué sucedió con posterioridad en los sitios que vi.

Como nunca llegaré a escribir la autobiografía que una vez me llegué a plantear —volumen primero, *Quién he sido*; volumen segundo, *Ya te lo decía yo*—, escribir sobre los viajes ha terminado por ser una forma de comprender mi propia vida, y es el punto de máximo acercamiento a la biografía al que llegaré, como lo son la novela, el relato, el ensayo. Como ya dijo Pedro Almodóvar: «Todo lo que no es autobiografía es plagio».

Lo que habría de evitar a toda costa mientras camine siguiendo mis propios pasos es la tediosa reminiscencia de los tiempos mejores, el temblorcillo aburrido de la nostalgia, cuyo mensaje no suele ser otro que *Yo estuve allí y tú no*. «Me acuerdo de cuando se podían comprar cuatro de éstos por un dólar.» «Donde hoy está ese edificio hubo un árbol muy grande en medio de un campo.» «En mis buenos tiempos...»

Anda, calla.

¿Qué viajero ha vuelto sobre sus pasos para hacer de nuevo el mismo viaje, el gran viaje? De los buenos que yo conozco, ninguno. Greene nunca volvió a los montes de Li-

beria, ni a México, ni a Vietnam. A los cincuenta y muchos, Waugh desechó del todo los viajes modernos tachándolos de turismo, de mera pérdida de tiempo. Después de 1948, Thesiger no volvió a Rub' al Kali, a la Región Desierta de Arabia. Burton no organizó una nueva expedición a Utah, ni a determinar dónde están las fuentes del Nilo; cuando tenía mi edad vivía en Trieste, inmerso en las aficiones de un erotómano. Darwin nunca se hizo de nuevo a la mar. Ni Joseph Conrad, que terminó aborreciendo la sola idea de navegar. Eric Newby recorrió el Ganges una sola vez, Jonathan Raban recorrió el Mississippi una sola vez, Jan Morris subió al Everest una sola vez. Robert Byron no volvió a emprender el camino a Oxiana, Cherry-Garrard sólo hizo un viaje a la Antártida, Chatwin nunca regresó a la Patagonia, ni Doughty volvió a su Arabia Deserta, ni Wallace al Archipiélago de Malasia, ni Waterton al Amazonas, ni Trollope a las Antillas, ni Edward Lear a Córcega, ni Stevenson a los Cévennes, ni Chejov a Sajalin, ni Gide al Congo, ni Canetti a Marrakesh, ni Jack London a las Islas Salomón, ni Mark Twain a Hawái. Hasta ahí algunos de mis escritores preferidos.

Uno podría preguntarse: «¿Y por qué iban a tomarse la molestia de volver?». Pero lo cierto es que cada uno de esos viajeros, una vez envejeciera, bien podría haber descubierto lo que encontró un viajero heroico, Henry Morton Stanley, cuando volvió a atravesar África de oeste a este, diez años después de su exitosa expedición, de este a oeste, entre 1874 y 1877: un sitio distinto, cambios ominosos, un nuevo libro. Richard Henry Dana añadió un escarmentado epílogo a *Dos años al pie del mástil* cuando, veinticuatro años después de publicarlo en 1840, regresó a San Francisco (aunque ya no en el castillo de proa) y descubrió que había dejado de ser una siniestra misión llena de curas españoles, con unas cuantas chabolas, y era una ciudad típicamente americana, surgida de la noche a la mañana y transformada por la Fiebre del Oro. Dana fue muy escrupuloso a la hora de contactar con las personas a las que había conocido en su primera visita, a la hora de tomar la medida

del paisaje alterado, completando, según dice, «actos de piadosa recordación».

Algunos poetas, en especial Wordsworth y Yeats, ampliaron su manera de ver las cosas y hallaron esclarecimiento al regresar a uno de los paisajes previos de sus vidas. Son los que han establecido el criterio en la literatura del retorno. Si a un escritor le cabe en suerte repetir el pasado, escribiendo a su manera, este viaje de retorno bien pudiera ser mi muy prosaica versión de «Los cisnes salvajes de Coole» o «La abadía de Tintern».

Mi viaje propuesto para volver sobre mis pasos y recorrer el mismo itinerario que hice en *El gran bazar del ferrocarril* fue debido sobre todo a la curiosidad por mi parte, y a la ociosidad habitual, a las que se sumó el deseo irreprimible de estar lejos. Pero ese mismo había sido el caso treinta y tres años antes, y había dado resultados. Toda escritura implica que uno se lance a las tinieblas, confiando en tener un aterrizaje no muy duro.

—Voy a hacer mucho punto mientras tú no estés —me dijo mi mujer. Y fue una buena noticia, porque esta vez iba a necesitar a Penélope.

Aunque hubiera fingido pasarlo muy bien en la narración que publiqué, mi primer viaje no salió como estaba planeado.

—No quiero que te vayas —dijo mi primera esposa en 1973. Y no lo dijo de manera sentimental, sino a modo de colérica exigencia.

Sin embargo, acababa de terminar un libro y me había quedado sin ideas. No tenía un medio de ganarme la vida, no tenía una idea para emprender una nueva novela, y —aunque no sabía lo que me estaba esperando— guardaba la esperanza de que ese viaje me sirviera para hallar un nuevo tema. Tenía que marchar. Los marinos se hacen a la mar, los soldados van a la guerra, los pescadores se van de pesca, le dije. Los escritores a veces tienen que irse de casa.

—Volveré en cuanto pueda.

Le produjo resentimiento que me marchase. Y aunque no lo dijera por escrito, me sentí un desdichado en cuanto me marché de Londres, despidiéndome de aquella desmoralizada mujer y de nuestros dos hijos pequeños.

Aquella era la época de los telegramas y las postales y los teléfonos negros, de baquelita, que no siempre funcionaban. Escribí a casa a menudo. Pero sólo conseguí hacer dos llamadas telefónicas, una desde Nueva Delhi y otra desde Tokio, y ambas fueron fútiles. ¿Y por qué sonaron tan mal recibidas mis expresiones de cariño? Tuve morriña durante el día entero —a lo largo de cuatro meses y medio— y me pregunté si se me echaba de menos. Ésa fue mi primera experiencia de los melancólicos, largos atardeceres del viajero. Durante el viaje estuve desesperado, sin saber qué hacer. Creí enloquecer cuando volví a casa. No se me había echado de menos. Se me había encontrado un sustituto.

Mi mujer se había echado un amante. Que yo pusiera alguna objeción habría sido hipocresía: yo le había sido infiel. No fueron sus hazañas sexuales lo que me incomodó; fue si acaso la cómoda domesticidad en que vivieron. El individuo había pasado muchos días con sus noches en mi casa, en nuestra cama, dedicado en cuerpo y alma a sus amoríos con ella y jugando con los niños.

No reconocí mi propia voz cuando le grité: «Pero... ¿Cómo has podido hacerme eso?».

«Fácil —dijo ella—. Pensando que habías muerto».

Tuve ganas de matar a esa mujer, pero no porque la odiase, sino (como suelen decir los cónyuges que han cometido asesinato pasional) porque la amaba. Amenacé con matar al hombre que, incluso después de mi regreso, siguió enviándole cartas de amor. Me convertí en una bestia encolerizada, y por pura casualidad descubrí una cosa que me ayudó: amenazar a alguien con matarlo es una forma eficaz para disponer de su atención.

En vez de matar a nadie, o de verter más amenazas, me senté en mi estudio y escribí con furia, maltratando mi máquina de escribir, empeñado en perderme en el humor del